



Claudia Sheinbaum: perspectivas de una presidenta en un país de hombres

La presidenta electa es el relevo del hombre que fundó y dirigió con liderazgo absoluto el movimiento que llevó a ambos al poder y será la primera jefa de Estado en México en casi medio siglo que posea todos los botones del tablero de mando



JORGE ZEPEDA PATTERSON

México - 30 SEP 2024 - 06:15CEST

Claudia Sheinbaum se convertirá en [la primera presidenta de México](#) este 1 de octubre con la esperanza de muchos mexicanos colgada a su espalda: unos para que continúe lo más fielmente posible el trazo marcado por Andrés Manuel López Obrador; otros para que lo modifique. En realidad, los dos impulsos están latentes en los pocos planteamientos en firme que ha realizado hasta ahora en su etapa de candidata y luego de presidenta electa. En el estribillo “continuidad con cambio”, esgrimido a lo largo de su campaña, nadie tiene en claro cuál de las dos partes del binomio será determinante.

Al suspenso sobre lo que será el segundo piso de la Cuarta Transformación, como se ha llamado a la siguiente versión del obradorismo, [esta vez sin López Obrador al mando](#), se suman las muchas interrogantes que derivan de la presencia de una presidenta en un país de hombres. El hecho de que dos mujeres encabezaran las dos fuerzas políticas que se disputaron la elección, [Xóchitl Gálvez](#) y Claudia, muestra que los ciudadanos favorecían un cambio de género en Palacio Nacional. Pero las estructuras de poder siguen siendo sociedades de hombres: los generales, la mayoría de los gobernadores, los líderes sindicales, los principales empresarios y banqueros, los dueños de los medios, etc., siguen sin romper usos y costumbres masculinas. Sheinbaum será el primer mandatario en la historia del país cuestionado por temas que eran irrelevantes para los 65 presidentes anteriores: atuendo, gestos, actos de conciliación o buena voluntad percibidos como debilidad.



Y no es la menor de [las tensiones que enfrentará Sheinbaum](#). Hereda un país que padece una inseguridad pública rampante, un crecimiento raquítico de la economía en medio de un entorno regional e internacional incierto, expectativas de las grandes mayorías que esperan que por fin “la revolución” les haga justicia, la amenaza de Trump y otros desafíos potencialmente lacerantes.

Chica superpoderosa

Frente a estos retos Claudia Sheinbaum no está inerte. Es la primera jefa de Estado en México en casi medio siglo que posee todos los botones del tablero de mando. Tiene el control del poder legislativo, lo cual permite a su partido modificar la constitución unilateralmente; y de manera inminente también el de [la Suprema Corte y el poder judicial](#), gracias al próximo relevo de ministros y a los cambios realizados por Morena días antes de su toma de posesión; su fuerza política gobierna en 24 de las 32 entidades federativas; goza del decidido apoyo de los militares y lo más importante: dos tercios de la población aprueban a López Obrador y a su sucesora. La oposición vive sus peores horas y sin fecha de reactivación a la vista. En este momento, México es una de las muy contadas naciones cuyo Gobierno goza de una popularidad inequívoca.

Pero este arsenal [carece de una pieza clave para poner en movimiento al país](#): el apoyo de la iniciativa privada, responsable del 75% de la generación del PIB y factor decisivo para producir o no los empleos que el régimen necesita para cumplir su promesa de sacar a la población de la pobreza (ubicada en torno a 35%, aunque 56% de los trabajadores laboran en el sector informal). Sheinbaum entiende que es en esa arena donde se definirán las posibilidades reales de su presidencia. No hay esquema de redistribución social que resista sin un crecimiento que vaya mucho más allá de lo que consiguió el sexenio que termina (1% promedio anual a lo largo de seis años). Atraer la participación activa de los empresarios y los mercados financieros a la cruzada “primero los pobres por el bien de todos” será la batalla que decida el éxito o el fracaso de su gobierno.